

LA HISTORIA DEL ARTE DE LA GUERRA DEL MARISCAL MONTGOMERY

por JOSE MARIA GARATE CORDOBA
Teniente Coronel del Servicio Histórico Militar

Sólo de tarde en tarde se produce el hecho de los grandes tratados, o de los tratados generales, bien en el terreno especulativo de la ciencia militar o el interpretativo de la historia general. Ahora se acaba de producir en España, con la traducción de la *Historia del Arte de la Guerra*, que ha escrito el mariscal Montgomery, a sus ochenta años de edad, con plena consciencia de su responsabilidad histórica, con plena lucidez interpretativa de las campañas más variadas en el tiempo, en el espacio y en los caudillos protagonistas. Científicamente tratada, no ha querido escribir solo.

Es la obra de un equipo investigador compuesto por dos jóvenes humanistas de Cambridge, profesores universitarios de Historia, recién graduados ambos, con no más de 22 años. Así la avanzada edad del

El mariscal Montgomery ha sido siempre un estudioso de la guerra, pero además ha sido un ejecutante distinguido de ella. Muchos le consideran el más grande jefe británico desde Wellington. A lo largo de su carrera militar manifestó siempre un equilibrio entre el estudio y la experiencia práctica del combate. Empezó la Guerra Europea como teniente de una sección y la terminó como jefe de Estado Mayor de una división. De 1926 a 1928 fue profesor en la Escuela de Estado Mayor de Camberley, y en 1931 publicó un manual de instrucción militar. De 1934 a 1937 fue profesor de la Escuela de Estado Mayor de Quetta. Acababa de dejar el mando de una brigada de Infantería, cuando se le dio el de la 3ª División al comenzar la segunda guerra mundial. Con ella luchó en Francia y en Bélgica. En Dunquerque mandaba ya el 2.º Cuerpo de Ejército. En agosto de 1942 mandó el 8.º Ejército, con el que venció a Rommel en la batalla del Alamein. En 1944 mandaba los ejércitos de Tierra aliados en la invasión de Normandía, y hasta el fin de la guerra, el 21 Grupo de Ejércitos. En la paz fue Comandante Jefe de la zona británica de Alemania. En 1946 fue jefe del Estado Mayor General y luego pasó diez años en la organización de la defensa de Occidente. Dejó el servicio activo en 1958, después de cincuenta años de carrera.

autor se compensaba con la juventud de sus colaboradores, resultando el equipo con una edad media de cuarenta años. Además, en este caso vale la pena resaltar la excelente labor del traductor, don Juan García Puente, que ha conseguido una versión poco común en su doble acierto, científico y literario, muy difícil de conjuntar. Es raro ofrecer hoy traducciones tan cuidadas, tan bien hechas. Sólo un buen traductor emplea como él la palabra *rebatña* (pág. 44). Quizá extrañe a algún lector encontrar en latín o griego la toponimia hispana, como «Emporión» por Ampurias, lo cual es una concesión a la universalidad de la obra muy comprensible, o «hastati» por «hastarios», tan españolizado. La «mêlée» es el choque más raro que el término «subametralladora», que lo mismo puede referirse a lo que es un subfusil, que a un fusil semiautomático, y choca finalmente una frase de Clausewitz, que sale deformada en la re-traducción: «La guerra es la prolongación de la política por otros medios», queda aquí un tanto confusa al decir que es «una continuación de las transacciones políticas mezcladas con otros medios», lo cual no es el verdadero pensamiento del célebre tratadista. Claro es que si a algún tratadista admira Montgomery por encima de todos y le dedica mayor admiración y espacio en su libro, es a Liddell Hart, recientemente fallecido, a quien considera el mejor de los ingleses, y sin igual, por su fácil lectura, absoluta claridad y experto crítico en el análisis y el comentario.

La *Historia del Arte de la Guerra* es un tratado riguroso y ameno, profesional y vulgarizado, en el que la parte gráfica tiene la extensión y claridad que pocas veces se le ha dado a obras del género, pese a ser indispensables. La Historia Militar sin ilustraciones es relato ininteligible, donde toponimia y cuerpos de batalla forman una maraña sin sentido, mareante. En esta obra se ha solucionado tal necesidad con 35 mapas, 18 croquis de batallas, muy esquemáticos y de extrema claridad, y 16 diagramas y dibujos de armas a dos colores. Además hay una parte importante artística en 190 ilustraciones monocromáticas, casi todas de fuentes contemporáneas y 32 láminas en color a toda plana, reproduciendo con gran fidelidad obras maestras de tema bélico o militar. El mariscal se ocupó personalmente de supervisar esta confección, que es parte muy importante en su libro y pensamos que común a las distintas traducciones, dado el volumen de las láminas, pues sólo así puede ser rentable la obra (1).

(1) Mariscal MONTGOMERY: *Historia del Arte de la Guerra*. Traducción de Juan García-Puente, Edit. Aguilar, 1969, 593 págs.

I. SOBRE LA NATURALEZA Y LA ÉTICA DE LA GUERRA

El mariscal Montgomery ha sido un hombre valiente en sus escritos y declaraciones. A veces ha llegado a causar sensación. Su obra, escrita en Gran Bretaña en 1968 y publicada en España en 1969, tenía que ser examinada con cierta suspicacia, con cuidado. De entrada, se puede anticipar la más general complacencia con sus tesis sobre lo que podría llamarse filosofía de la guerra y del mando militar. Es obra de serenidad, de madurez sabia y experimentada. Derriba algunos pocos mitos, pero no por capricho, sino razonada y razonablemente, bien por sus personales observaciones y contrastes con hechos semejantes en la bélica de épocas posteriores o países paralelos, o bien como fruto de los más recientes hallazgos de la investigación. En sus líneas generales sobre la naturaleza de la guerra y del generalato, no está demás añadir que glosa la idea de que los militares hacen la paz, mientras que son los políticos quienes hacen la guerra. Le atraen especialmente las ideas de Liddell Hart, uno de los primeros tratadistas bélicos de todos los tiempos, recientemente fallecido, sin más empleo que el de capitán, y utiliza una frase suya para hacer comprender la esencia de la guerra: «Si quieres la paz, comprende la guerra», que no es ninguna simpleza ciertamente, y por eso la glosa el mariscal.

En la *Historia del Arte de la Guerra* hay seis capítulos que resumen la esencia de su pensamiento militar. Los demás son una exposición cronológica de la historia militar universal. A través de todos ellos destaca la importancia de los factores políticos en la guerra y establece que el objetivo de toda estrategia ha de ser una paz firme y duradera, de la que los jefes políticos son los responsables. Define la guerra como «un conflicto prolongado entre grupos políticos rivales, mediante la fuerza de las armas», en la cual incluye la insurrección y la guerra civil. La estrategia es para él, el arte de conducir la guerra, y la táctica el arte de combatir, añadiendo que lo que es estratégicamente deseable debe ser tácticamente posible. Luego, como buen inglés, destaca como una enseñanza de la Historia que la nación que ha dominado los mares es la que, en definitiva, ha prevalecido. Algunos ejemplos tratan de confirmarlo: La estrategia terrestre de Napoleón fue derrotada ante la marítima de Inglaterra, y otro muy curioso, cuando dice que la coincidencia de fechas entre Trafalgar (21 de octubre) y Alamáin (23 de octubre), significa menos que el hecho importante de que ambas cambiaron el signo de la guerra frente a un poderoso enemigo continental.

Pero reconoce que la fuerza aérea, sin tanto énfasis, realiza una función parecida. La aviación permitió ver a los terrestres «el otro lado de la colina» y en la batalla del mar del Coral proporcionó a los marinos el primer combate naval, en la que los barcos no se avistaron nunca ni cambiaron entre sí un solo disparo. «El poder aéreo tiene la mayor importancia en la guerra marítima», deduce Montgomery al final del libro, consecuente con sus ideas iniciales.

En su consideración sobre la naturaleza de la guerra, objeto del capítulo primero, carga de nuevo el acento en que son los civiles quienes llevan la dirección suprema de la guerra y quienes la alimentan. Concluye que la guerra es hoy un hecho civil, y él tiene motivos para saberlo. Luego, observando que la historia militar es inseparable de la historia general, aclara que «el veredicto de la guerra» ha sido muchas veces factor determinante en el proceso de cambio histórico. Termina examinando las causas de las guerras: La tiranía, el imperio, el colonialismo, el comercio... Pero hay una íntima relación entre la guerra y el caudillo que la ejecuta: «El tema del generalato atravesará este libro como un hilo de oro» —dice el mariscal—, pese a lo cual le dedica por entero su segundo capítulo y parte del primero. Por eso hace un análisis de las cualidades indispensables a quien ejerce el mando, lo mismo que antes formuló los principios fundamentales del Arte de la Guerra, muy aceptables las unas y los otros. Escribe una observación de tipo general: «Sólo puede juzgarse correctamente a los generales en el ejercicio militar, cuando no combaten por razones políticas, pues esto fue la tumba del prestigio de muchos grandes soldados». En otra muy concreta nos dice que el «general debe inspirar más confianza en su plan de operaciones, cuando no esté demasiado seguro del resultado y ha de vigilar, ante todo, su propia moral».

Pero insiste en hacer doctrina de lo que fue anécdota suya durante la campaña del desierto: «Conocer la mente del rival». «Por esa razón llevé siempre conmigo en la Segunda Guerra Mundial, alguna foto de mi oponente. Eso me ayudó de algún modo. No consta que lo hiciera nunca nadie más que Slim». El escudriñar en su psicología, sus intenciones y su táctica, fue lo que le permitió vencer a Rommel en Alamein, adelantándose en el empleo de su propia maniobra. En cuanto al retrato del jefe enemigo sólo se nos ocurre insinuar que habrá de ser más exacto del que en su libro hace pasar como de Gonzalo de Córdoba, y es una especie de Shakespeare o de Drake, nada de acuerdo con la iconografía española.

Resalta el valor de la información, sin la cual es imposible obtener la iniciativa, a su vez indispensable para la victoria. Y la experiencia ajena bien aplicada: «Aplicar lo leído de experiencias de sangre es el más importante aprendizaje». A lo largo del libro, Montgomery expone siempre pormenores de sus propios estudios, empezando como oficial inexperto en la India, pues ya desde entonces quiso estudiar el pasado inteligentemente, buscando una guía para el presente y el futuro.

Con ello entra en el tema del factor moral: «Las batallas se ganan primariamente en el corazón de los hombres». Y recíprocamente, «lo que más eleva su espíritu es ganar batallas». Los historiadores han desdeñado con frecuencia el factor humano, pero el combatiente sólo se enfrentará decidido con sus circunstancias si tiene un corazón esforzado. El jefe debe hablar a sus soldados —afirma Montgomery, un general debe estar en estrecho contacto con sus tropas, y nos explica cómo él hablaba a grupos de sus hombres desde un jeep, en la cuneta o en un observatorio. En cambio, a sir Douglas Haig, que nunca se acercaba a los soldados, le resultó mal acceder al consejo. Cuando preguntó al primer soldado: «¿Dónde empezó usted esta guerra?», el soldado replicó con asombro: «Yo no empecé esta guerra, señor. Creo que fue el Kaiser...» A propósito de ello, recuerda que la famosa frase de que «La guerra es algo demasiado serio para dejarlo en manos de los militares», no es de Talleyrand, sino de Briand o de Lloyd George. Nosotros la habíamos oído citar siempre como de Clemenceau. Más importante es el párrafo que dedica a la soledad del alto mando, entregado a la tarea difícil de mandarse a sí mismo.

Hace un canto al soldado inglés de la Guerra Europea y otro al francés de la Segunda Mundial, muy sobrios y profundos. Luego, casi al final de su libro, al infante en general, aliado o enemigo, porque los soldados alemanes, sin apoyo aéreo, lucharon muy duramente en Normandía.

Aún añade más consideraciones sobre el general, de quien dice que «para captar la esencia del problema esencial ha de tener un cerebro frío y, para ello, ser abstemio en fumar y beber». Ha meditado mucho sobre la ciencia del general, que, en fin de cuentas, es el arte de la guerra y dice: «Si con veinte siglos de experiencia a nuestras espaldas hemos de combatir, no tenemos excusa para no hacerlo bien». Es una dura frase, demasiado definitiva, según la cual en una guerra actual no debiera haber vencidos. No es sólo experiencia lo que hay que tener en una guerra tecnológica que el mismo Montgomery define:

como «asunto muy complejo en el que deben explotarse hasta el límite los recursos científicos y técnicos, incluso para la guerra nuclear, si es que un día las naciones quieren alguna esperanza de sobrevivir a una guerra total».

A lo largo de sus 25 capítulos, de sus 593 páginas, examina todo lo que caracteriza las guerras: batallas y campañas, los perfeccionamientos tecnológicos que las han definido, influyendo en la táctica y la técnica del combate, los grandes capitanes, examinados con lente microscópica en su psicología y sus actuaciones. Cuando lo encuentra oportuno comenta la batalla o la actitud de un general, a la luz de su propia experiencia militar. Así desarrolla una serie de consideraciones sobre las armas, la defensiva y el ataque, asegurando que éste es indispensable para alcanzar la victoria, y así también, va examinando comparativamente, en sentido traslaticio, las decisiones de los mandos en el combate a través de la histórica, trayéndolos a nuestro tiempo y a su conocimiento del campo de batalla clásico, lo mismo que las relaciones político-estratégicas.

En su sexta parte vuelve a explayarse en generalidades sobre cuestiones militares del arte de la guerra. Está cara al futuro y nos habla de la ética de guerra cuando ya criticó el *Derecho de guerra y paz*, de Grotius, viendo en él límites de conducta espontáneamente amplios, como matar a prisioneros y personal civil, condenando la vida a ser «sucia, brutal y breve), al decir de Hobbes. Como confirmación de ello cita las treinta mil personas quemadas vivas en el saqueo de Magdeburgo, los ocho millones de ellas que perecieron en Alemania, las 35.000 aldeas en Bohemia reducidas a 6.000. Toda su ética de guerra es buena aunque parece demasiado pesimista, porque frente a la gran crueldad progresiva que ve en la guerra, aún en la Segunda Guerra Mundial brilló más o menos la caballerosidad individual o colectiva, menos divulgada por la prensa sensacionalista. Por otra parte, los convenios de La Haya, aunque no totalmente respetados, suponen una buena pieza de contraste ético que a veces fuerza a cumplirlos aunque sólo sea por actitud humana ante el mundo. A propósito de ello, Montgomery llama la atención, muy sensatamente, sobre la responsabilidad de políticos y estadistas.

II. SOBRE LA PSICOLOGÍA Y EL ARTE DE LOS CAUDILLOS

Lo que es propiamente historia militar no ocupa todo el libro. Se concede mucho espacio a aspectos generales y aún de política-militar,

no sin razón a la psicología de los grandes caudillos y a la paz. Tal vez por ello sus descripciones y comentarios son a veces un tanto tremendistas y macabros, aunque un buen pincel, sobre todo a medida que avanza por el siglo xx. El mismo avisa que su descripción de la Guerra Europea será un lienzo tenebroso y así es, concediendo a lo cronístico un espacio que parecía destinado a la crítica del arte de la guerra. Su final es del sano pacifismo que un militar tiene derecho a predicar, ya que se le exige practicar la guerra sin quererla, a costa de su persona, sus afectos y su vida misma.

Si examinamos en una rápida panorámica el análisis que Montgomery hace de las guerras en el aspecto científico, encontraremos que al examinar las luchas primitivas juzga que su causa es el exceso de población, y en cuanto llega a Roma aprovecha la oportunidad de hablar de los tiranos del Imperio para hacer su paralelismo con los de nuestro tiempo. Su estudio de la batalla de Zama es muy sintético, muy claro y muy atractivo. Estudia las Cruzadas con cierto detenimiento y encuentra en ellas ocasión para hablar de la genealogía de los Montgomery, que se remonta a aquel tiempo. En las Cruzadas todo es muy inglés y Guillermo el Conquistador es un personaje central en el relato de Montgomery, cosa inevitable, en cierto modo, al ser muy inglesa toda la obra, sin que por eso pierda ecuanimidad ni atención a lo universal. Se interesa especialmente por la batalla de Hastings, en la que no le pasa inadvertida la acción del juglar Taillifer, que con sus cantos de epopeya excitaba a los combatientes en el ataque. Alterna sus observaciones bélicas con las referentes a la orgánica e incluso a la pura política militar.

Interpreta la intervención de los ingleses en el Nuevo Mundo diciendo que el hundimiento económico del mercado norteamericano a fines de 1540-1550 les estimuló a investigarlo, y no deja de ser exacta esa explicación económica.

A lo largo de su obra hay un detenido examen de caudillos. Su juicio de César es francamente duro y desfavorable. Da idea de ello la frase de que como estratega era un excéntrico en el mejor de los casos, y aunque le concede muchas buenas cualidades; tampoco le encuentra ninguna originalidad como táctico, afirmando que es el más decepcionante de todos los grandes conquistadores. Ninguno hasta ahora le ha merecido a Montgomery tanta atención como Gustavo Adolfo. En el excelente estudio de su ejército y sus campañas, destaca que dedicaba a gastos militares la mitad de su presupuesto, y estudió la *Ciropedia* de Jenofonte, que Liddell Hart consideraba

como el más grande de todos los textos militares. Para Montgomery, Gustavo Adolfo es el gran soldado que se acercó al arte de la guerra con la actitud mental del Renacimiento y fue el primero en reconocer la importancia de la artillería de campaña. En los *Artículos de Guerra* que compuso, condenaba la embriaguez, la blasfemia y la compañía de rameras. Sus castigos por pequeñas faltas eran humanas, prohibiendo la flagelación, pero castigando con la muerte el pillaje, la violación y «el desprecio al servicio divino».

Su triunfo en Breitenfeld sobre Tilly hace decir a Montgomery, comparando las tácticas de ambos: «Una vez más la falange era desafiada por la legión», y aclara que la batalla fue tan significativa en lo político como en lo militar, «salvándose el norte y el oeste alemanes de la dominación jesuítica y de los Habsburgo». Este anticlericalismo asomará varias veces en la pluma del mariscal escritor, aunque no siempre tan discreto.

Luego nos ofrece una buena panorámica crítica de la batalla de Lützen. Estudia a Wallenstein comparativamente con Gustavo Adolfo, inferior aquél a éste, por ser táctico mediocre aunque buen organizador, pero cree Montgomery que de haber vivido más ambos, hubieran llevado la guerra a un rápido final. También le merece un detenido estudio el Ejército de Cromwell y su regimiento de «ironsides». Malborough le sirve nada menos que para definir la época de Condé y Turena bajo el título «Malborough y su tiempo». De Carlos XII de Suecia nos dice —también desfavorablemente— que, según Napoleón —y él no lo desmiente—, violó la mayoría de los principios fundamentales del arte de la guerra y «fue tan imprudente como para enzarzarse en una guerra con Rusia, menospreciando la gran capacidad de resistencia de los rusos, como luego hicieron Napoleón y Hitler». Señala cómo Pedro el Grande adoptó la acreditada estrategia de eludir la batalla y atraer a su enemigo hacia los vastos espacios abiertos de Rusia, enfrentándolo así con los problemas de la distancia, el clima, la devastación y el tormento de las largas comunicaciones.

Atendiendo otra vez a lo económico, señala que la competencia imperialista del siglo XVIII entre Inglaterra y Francia fue, sobre todo, una cuestión de estrategia naval y guerra económica que por primera vez se hacía a escala mundial. Sus consideraciones generales le dan pie para observar que los marinos británicos demostraron ser de mejor calidad que los franceses o los españoles. El pirata Anson, siguiendo la tradición de Drake, hostigó a los españoles en América y superó las desventajas de su propia inferioridad en hombres y equipo, hacien-

do mucho daño y capturando el galeón Manila, cargado de tesoros. A propósito del fracaso del almirante Byng en Menorca —fusilado «pour encourager les autres», según sugirió Voltaire—, aclara que su muerte alentó a sus hermanos, almirantes, a ignorar las reglas del Almirantazgo cuando surgiese la necesidad. Duro trance militar que el propio Montgomery hubo de resolver, pues comenta que él mismo aunque ignoró en la guerra las reglas del Ministerio, ha sobrevivido; aclarando con cinismo: «Pero en cada caso mío, de la batalla surgió la victoria, y tal vez sea eso lo que cambie las cosas...»

Cuando entra a estudiar la táctica de Mauricio de Saxe y de Federico el Grande, considera que el segundo eclipsó un tanto el mérito indiscutible del primero, sobre todo en su tratado clásico del Arte de la Guerra, titulado *Mes Rêveries*, en el que Saxe preconiza principios clásicos olvidados desde los tiempos clásicos y que no se aplicarán después hasta que Napoleón los tuvo en cuenta. Fue él quien avisó que las músicas e himnos, los distintivos, los nombres de los regimientos, los símbolos en sí y el ascenso por méritos, podían ser grandes estímulos para la moral de las tropas, cosa común hoy y rara entonces. Encuentra Montgomery que la persona de Saxe contradice en sí misma su propia opinión de que no puede ganar batallas quien no se siente bien. Saxe, con salud precaria, con hidropesía que le impidió montar su caballo en Fontenoy, supo vencer. Este ejemplo permite añadir a Montgomery una regla más sobre la exigencia de sobriedad en el sueño y la bebida para los generales: «He leído —dice el mariscal— que aventuras amorosas en días tempranos contribuyeron a su deficiente salud: Una advertencia para cuantos aspiren a altos puestos de mando en la profesión de las armas». Su estudio de Federico el Grande es completo y agudo, pero no hemos de comentarlo por tratarse de una figura de universal renombre y estudio forzoso en academias militares. Estudia la batalla de Leuthen con detenimiento suficiente sobre un gráfico del despliegue y la maniobra de Federico y coincide con la opinión napoleónica sobre ella: «Fue una obra maestra de movimientos, maniobra y resolución».

Hombre de espíritu sistemático, como buen historiador, busca las inflexiones del arte y la política militar y encuentra que la batalla de Valmy señala el nacimiento de la guerra nacionalista.

Pero veamos cómo enjuicia Montgomery a Napoleón:

Napoleón era un hombre de intelecto, energía y fuerza de voluntad extraordinarias. Lo dominaba todo a su alrededor y era extraordinariamente egocéntrico. Su estrategia y su táctica fueron siempre ofen-

sivas y preparadas con mucha antelación. La Infantería era el arma principal de sus ejércitos. Su aportación táctica más original fue el uso de la artillería y tuvo la suerte de que por primera vez la técnica y la industria hicieran posible que un general emplease pródigamente la artillería.

El comienzo de su caída puede buscarse en casi todas las fases de su carrera. Acaso aquel fatal momento de excesiva ambición en la noche que precedió a la batalla de Lodi en 1796. Posiblemente nada hubo de irrazonable hasta que perdió la cabeza con las batallas de Austerlitz y Jena y emprendió la marcha por el engañoso sendero del dominio mundial que le llevó a España y Moscú

Tuvo pocos iguales y ninguno superior. Poseía una personalidad magnética y cuantos entraban en contacto con él quedaban inmediatamente impresionados por la energía y penetrante inteligencia de su general. En siete días había devuelto el alma al ejército de Italia. En aquellos años se soltó sobre el mundo un gran genio militar y el mundo no ha sido nunca el mismo desde entonces.

Era un maestro de la estrategia con una maravillosa visión táctica para el terreno, aunque continuamente superado en número en el teatro de la Guerra, rara vez libró una batalla sin superioridad local en el punto de conflicto.

En Rusia se halló Napoleón ante unas condiciones con las que no estaba familiarizado: un vasto país con pocas carreteras buenas y sin abastecimiento y un desparramado organismo oficial sin un corazón al que pudiera dirigir un golpe decisivo. El fracaso de Napoleón para adaptarse a tales condiciones fue considerado por muchos de sus críticos como prueba de que su genio no era de carácter creador; podía tomar una máquina militar perfeccionada y manipulada con increíble habilidad, pero no podía inventar otra nueva.

«Siempre me ha parecido que fue un hombre demasiado ambicioso. Estaba resuelto a que se le considerase el general más grande de todos los tiempos y esa ambición le llevó a su derrota final. Sin embargo, puede afirmarse que sus victorias no han sido superadas y mientras haya soldados en el mundo, será recordado como uno de los más grandes generales».

Las etapas hasta el siglo *xx* son atendidas por Montgomery en su verdadera esencia militar; aunque sin demasiado detenimiento, no deja de resaltar el especial carácter de la Guerra de Secesión norteamericana —a la que llama «la guerra civil»—, y se lamenta de que ni

de ella, ni de la guerra de los boers se dedujesen las enseñanzas que contienen.

III. SOBRE LAS DOS GUERRAS MUNDIALES

Quizá las mejores páginas de Montgomery, los juicios más directos, personales y acertados, inéditos, estén en la crítica de la Guerra Europea, que analiza intercalando textos cronísticos de primera calidad, descripciones incontrovertibles de quienes la vivieron en primera línea, junto a sus propios juicios personales. Así nos describe la batalla de Verdún, la aparición de los tanques en Cambrai y de los gases en Iprés. Nos transcribe por ejemplo esto: «Alistair Horne dijo: Verdún fue una batalla indecisa en una guerra indecisa; una batalla innecesaria en una guerra innecesaria; una batalla sin vencedores en una guerra sin vencedores». Respecto de los tanques estrenados en la batalla de Cambrai, nos explica que en aquella guerra del 14 los soldados eran excelentes y sólo algún general era digno de ellos, cuando la mayoría cursaba la consigna de atacar sin preocuparse por las bajas. Recuerda que Churchill, con clara visión militar, censuraba que no se les ocurriese oponer a la metralla enemiga otra cosa que «los valientes pechos de sus soldados» y era que había que inventar los tanques. Observa la mala dirección de unos combates en los que la infantería había de atacar de frente unas posiciones con ametralladoras y alambradas, trincheras y artillería, llevando a costas un peso superior a la mitad del suyo propio y pinta el aspecto macabro del campo de batalla donde las ratas merodean rumiando los cadáveres que lo cubren. Es una pintura remarquiiana con clara tendencia antibelicista.

Señala cómo Hindenburg vio en Ludendorff un oficial de grandes dotes intelectuales —de las que él carecía— y le dio amplio margen, no consintiendo nunca en perderlo. Desde entonces no se separó de él, lo cual prueba que Hindenburg poseía indudable sabiduría... Lo dice con rentintín después de haberle negado talento militar. Alude a su propia experiencia en la guerra europea: «Luché junto a espléndidos jóvenes que no sabían de qué se trataba, pero que ofrecieron sus vidas porque los dirigentes políticos les habían dicho que aquella *era una guerra para terminar con todas las guerras*». Sin embargo, aquella guerra no podía ser ganada, al decir de Montgomery: «Únicamente podía perderse por un derrumbamiento final de la resistencia de los hombres de uno y otro bando. Los soldados de ambas partes lucharon con tenacidad y valor, pero al final cedieron los alemanes».

A medida que el texto llega a los capítulos finales, el despliegue crítico de Montgomery se hace más analista, más vital en sus consideraciones. El capítulo de la Segunda Guerra Mundial no defrauda. Nos dice que fue inmensamente complicada y que no encaja de modo natural en partes definidas como la guerra del 14, que sólo al final pudo llamarse mundial, siendo más europea que otra cosa. En cambio, la guerra del 39 cubre todo el planeta, excepto América, y es la mayor tragedia de la humanidad. El redactor militar del «New York Times» le aseguró que hubo cerca de cuarenta millones de muertos en ella, de los cuales unos dieciocho eran personas civiles y que el sufrimiento humano sobrepasó lo creíble. Examinando su proceso califica de insondables los motivos de Hitler para lanzar a Alemania simultáneamente contra los dos Estados más poderosos del mundo. «En los primeros días Hitler no era un insentato, independientemente de lo que fuera después». Cuando Inglaterra y Francia garantizaron la integridad de Polonia, seguramente pensaba que no harían honor a su palabra. Preocupa a Montgomery saber cuándo decidió Hitler en su fuero interno arriesgar decisivamente la guerra para lograr sus fines. «No lo sabremos nunca —nos dice—. Lo que sí sabemos es que fue un jugador irresponsable y al invadir Polonia sobrepasó la raya». Examina las posibilidades de haber evitado la guerra previamente: «Tal vez una política más dura de los aliados en los años 1930 podría haberla evitado mejor que una decente conciliación. Pero acaso Hitler hubiera sido demasiado atolondrado en cualquier caso».

En cuanto a la decisión angloamericana de Casablanca en 1943 cuando se decidió forzar la rendición incondicional, afirma que fue un trágico error. Aquí pensamos nosotros en el beneficio que hubiese producido aceptar los buenos oficios de Rudolf Hess, el último de la prisión de Spandau, ahora de actualidad. Su examen de personajes raya lo adivinatorio por su penetrante genialidad. Si los aliados, según Montgomery, fiaron erróneamente de la caballería del Führer, también en Postdam se equivocaron creyendo que Stalin era un caballero. Pero su retrato de Stalin no puede ser más cabal, como el de Hitler: «Stalin —dice— a diferencia de otros estadistas aliados, viendo la victoria próxima, tenía una estrategia política previsoras. Los rusos, cuando la invasión de Normandía —tan alejada del corazón de Alemania— luchaban no sólo para derrotar a Alemania, sino para ganarles la paz a los aliados». Todo ello con la constante alarma y oposición del propio Montgomery, según hace observar. Pero vale la pena seguir con su retrato de Stalin. Páginas más adelante dice: «Fue un gran

«dirigente, tal vez inexorable y nada caballeroso. Poseía un asombroso sentido estratégico y no puedo recordar que diese un solo paso en falso durante nuestras discusiones sobre cuestiones estratégicas, aunque su estrategia política, apuntando a reunir los pueblos de Europa oriental en el redil comunista, difícilmente podía resultar atractiva para Occidente».

Considera a Hitler en sus tres momentos clave. Tras aquella primera afirmación de que en los primeros días no era un insensato, cree encontrar las razones que tuvo para declarar la guerra a las dos grandes potencias, pese a que lo acaba de declarar incomprensible. Aún en el segundo momento, no es Montgomery apresurado ni radical en su juicio y huye del tópico generalmente aceptado de hacer de él un fácil maniqueo paranoico y endemoniado: «Muchos consideran a Hitler meramente como una figura demencial. Fue ciertamente un hombre perverso, pero fue un dirigente, emprendedor y astuto. No entraba en su estilo *declarar* la guerra y dar tiempo a sus víctimas para prepararse a recibir el golpe, y tal criterio es lógico si se acepta que una nación lucha sólo para ganar militarmente; pero es que ese debería ser el último objetivo en una guerra. Transmitía su perversidad a otros». Luego analiza sus grandes fallos estratégicos. «Creo que Hitler cometió los peores errores en la dirección de la guerra. Empezó bien. Desde el punto de vista de la eficiencia táctica, admiro la sangre fría con que asaltó Europa occidental. Ello rompió el equilibrio mundial de fuerza militar. Pero al final, Hitler atrajo la destrucción de su país, porque fue empujado por ambiciones egoístas». Aún repite que al atacar a los dos colosos, Rusia y Estados Unidos, tal vez temiese un ataque o se apoderase de él la megalomanía.

En cuanto a Roosevelt, le parece a Montgomery que no vio con claridad por qué luchaba, trató de cortejar a Stalin y éste no tuvo ninguna dificultad en burlarle. Churchill, en cambio, es para Montgomery el gran dirigente de la Segunda Guerra Mundial. Hace ver que manteniéndose firme contra Hitler cuando todo parecía perdido, salvó no sólo a Gran Bretaña, sino también a la civilización occidental. Admira su visión genial, que le sitúa en un lugar muy destacado entre los estrategas, y afirma que ninguna nación nunca tuvo un dirigente tan idóneo para el momento, como tuvo Gran Bretaña a Churchill durante la guerra de Hitler. Cuando en 1940 se vio sometida a prueba, no falló.

Su visión de los hechos, de las decisiones y de los hombres, es serena y aguda. Con ligeras variantes, todo hombre consciente estará conforme con la mayor parte de sus juicios críticos. Incluso cuando con-

sidera el atentado contra Hitler: «No es misión de los generales —dice— liquidar a los dirigentes políticos. Si alguien ha de hacerlo, que se haga por los propios políticos. Rommel rehusó participar y con razón». Estamos de acuerdo.

En su análisis comparado de las dos guerras mundiales, señala como principal diferencia que la guerra del 14 planteaba la lucha en dos dimensiones (tierra y mar), mientras que el impacto más importante sobre la batalla, en la guerra del 39, fue el incremento del poder aéreo, que revolucionó la táctica y la estrategia de tierra y mar. Consecuencia de ello fue el bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki. En una argumentación muy llena del peso de la lógica, razona que sin él la rendición se hubiera podido producir en el mismo tiempo y sin más bajas, para concluir contundentemente que considera «innecesario lanzar dos bombas atómicas sobre el Japón en agosto de 1945», y no puede creer que fuese justo.

Como final del tema de la última guerra podríamos recoger su pregunta: «¿Puede una decisión en la guerra no ser política en el máximo nivel?». La pregunta daría lugar a amplias polémicas, en las que empezaríamos por discutir el alcance del término *política*. Montgomery apenas responde más que examinando unos hechos. Pero viene a decirnos que por existir ideas confusas sobre esta materia, los seis años de guerra mundial no dieron a las naciones occidentales la paz justa y duradera por la que lucharon. «Sólo Stalin —dice— logró lo que se proponía, porque sus decisiones militares se adoptaron en el marco de una línea política perfectamente definida: el dominio de Rusia en Europa y estampar el sello comunista tan al Oeste como fuese posible».

Tal es en síntesis, el pensamiento guía de Montgomery al seguir el hilo histórico del Arte de la guerra en la historia universal. Lo que en principio era pura ciencia militar, técnica castrense limitada en objetivos y medios, tiempo y espacio, pasó sucesivamente a extenderse a la política por el campo fluido de la estrategia, esa ciencia flexible, tan bien dispuesta para ser muelle y comodín entre lo militar y lo político, cuando ambos términos se ven afectados por el coeficiente bélico o prebélico.

IV. SOBRE EL ARTE MILITAR ESPAÑOL

Un lector español forzosamente busca en la *Historia del Arte Militar*, de Montgomery, las aportaciones y las cumbres mundiales del

esplendor militar de su patria. Tratándose de la obra de un inglés, teme que el vacío pueda ser poco menos que absoluto. Y afortunadamente no es así. Porque Montgomery no es un periodista apresurado, sino una primera figura profesional del Ejército. Entre su britanismo y su erudición anda la incógnita, la importancia y el espacio que pueda dedicar al arte militar español.

Por de pronto ya produce un respiro ver que dedica a España: las treinta y dos páginas de uno de sus 25 capítulos, con el título: *La grandeza de España*, sin reticencias ni ironías, con sencilla y sincera admiración. Tampoco deja de mencionar ninguno de los grandes episodios de nuestra historia militar, o casi ninguno que pueda tener trascendencia mundial por el progreso que supone. Pese a todo, se queda corto en la matización y en lo científico. La idea del arte militar español, para un lector ignorante, viene a quedar en el coraje y la habilidad, y si se quiere más, en la temeridad y el sacrificio. Hay que tener en cuenta que esta historia sale de los límites militares para entrar en los generales, y aun en los políticos, con lo que los hechos españoles son aún mucho más numerosos y de mayor relieve.

En la obra apenas se menciona a España antes de la expansión romana, y aunque presenta a los españoles en el centro del despliegue de Aníbal, resolviendo la batalla, no hay ninguna alusión expresa a los honderos baleares, cuerpo típico, nuevo y definitivo en su eficacia, más de una vez; omite Sagunto y apenas destaca en dos palabras, sin ponderación, la lucha de «el jefe guerrillero Viriato» y el sacrificio de Numancia. No es posible eludir la trascendencia de nuestra Reconquista, prácticamente ignorada en el libro de Montgomery, pero es que durante varios siglos la guerrilla hispana tuvo una táctica propia, al servicio de los púnicos primero, de los romanos después, y sola contra las legiones al final. No sólo eso, sino que su espada y su *pilum*, sus *faláricas* y *soliferrum*, su *sagun* corto, su *bracca* y sus abarcas de cuero, pasaron a ser armas y vestuario reglamentario de los legionarios romanos. Pero en la Reconquista, el Cid marca el primer ejército de solidaridad nacional, emplea la «tornada» o doble carga de caballería, como novedad táctica y una mezcla de procedimientos de combate hispano-musulmanes con los que evitó que los almohades pasasen los Pirineos. Los almogávares fueron otro hito en su aventura oriental; la Segunda Partida del Rey Sabio constituyó el primer texto orgánico de la milicia, que se anticipó casi un siglo

a su tiempo; las batallas de Las Navas y el Salado son ejemplos de avances hispanos en el arte militar de su época.

En su capítulo de *La grandeza de España* resalta bien Montgomery la importancia de las batallas de Ceriñola y Garellano, concediendo a Gonzalo de Córdoba una especial maestría en ellas, donde los arcabuceros, a partir de él, dominarían el campo por 400 años, hasta que, también desde él, se viese que las batallas se ganan por la diestra combinación de todas las armas. El mariscal se queda en lo puramente operativo, sin destacar que por encima de ello y aunque no hubiese ganado batallas, el Gran Capitán figuraría como uno de los maestros de la guerra, desde el reclutamiento y el empleo del fuego, la estrategia y la táctica, olvidados durante la Edad Media, la fortificación y poliorcética y creo una *Escuela Española*, que sentó cátedra en la Europa de su tiempo. Los *genitores* de que la obra de Montgomery habla, en término poco español, parecen referirse a las «mangas de arcabuceros».

Tampoco está la batalla de Pavía más que en cinco líneas de brevisísima síntesis, bastante fiel. Menos extraño es que la descripción de la Armada Invencible y su desgracia se atribuya a exclusivo triunfo inglés, sin citar para nada la adversidad de las tormentas que desarticularon y diezmaron previamente la armada española.

Ha olvidado Montgomery al duque de Alba y a Alejandro Farnesio, los grandes capitanes de los Países Bajos, y olvidó a Sebastián Fernández de Medrano, creador de la Escuela de Matemáticas de Bruselas, donde aprendieron fortificación y artillería buena parte de los oficiales europeos, como luego en los tratados de Lucuce y Morla.

Otra vez da entrada a España en el capítulo de las guerras europeas, al tratar de los turcos. La batalla de Lepanto está justamente descrita y criticada, con pleno aprecio del éxito y de su lamentable falta de explotación por culpa de rivalidades genovesas y venecianas. Incluso se perfila en dos rasgos la figura militar y humana de don Juan de Austria, cuando al divisarse en lontananza las naves enemigas, llamó a los gaiteros y bailó con donaire una *gallarda*. El remedio viene luego de Gran Bretaña, pues «los turcos siguieron aterrorizando aquellas aguas hasta que las flotas holandesa e inglesa empezaron a operar en el Mediterráneo en 1650». Aún aclara Montgomery una nota comparativa poco citada, diciendo que los ejércitos con que Felipe II dominó Europa rara vez comprendieron 40.000 hombres, mientras que Luis XIV necesitó 400.000 hombres para ello.

Un excelente grabado en color de la escuela veneciana, procedente del museo de Viena sobre la batalla de Lepanto, hace pareja con otro de la Armada Invencible en un tapiz napolitano. Hay méritos de la Escuela Española y concretamente del Gran Capitán que Montgomery retrasa hasta Saxe, tal vez por desconocer en detalle la historia militar española, como luego centrará en Malborough toda una época, donde Condé y Turena significaron mucho. Como su favorito Malborough fue capitán general de los ejércitos confederados en la Guerra de Sucesión española, concede a ésta una atención que de otro modo no le hubiera prestado. Pese a todo, la define por su interés económico, porque en aquellos años tuvieron rápido desarrollo instituciones de banca y crédito que la guerra estimuló, tanto en lo financiero como en lo comercial.

Cuando exalta la obra de Saxe o la figura de Federico el Grande, olvida la famosa anécdota en que éste dijo al comisionado español que fue a aprender los métodos, que podía haberse ahorrado el viaje, pues todo lo había aprendido en la *Reflexiones militares* del marqués de Santa Cruz de Marcenado, obra más celebrada en la ética profesional y casi desconocida en interesantísimos aspectos del arte de la guerra y que hace a su autor uno de los primeros tratadistas militares, hasta el punto de que Napoleón tenía su obra como libro de cabecera, desde luego muy superior a *Mes Rêveris*, de Federico, y aún a su *Antimaquiwelo*.

Cuando tantos capítulos interesantes de la historia militar de España, son por fuerza omitidos, buscando lo anecdótico en relación con Inglaterra, nos cuenta Montgomery la guerra de la Oreja de Jenkins, aquella guerra anglosajona, más bien represión del corso, cuando un navío español abordó el bergantín inglés *Rebecca* que regresaba de las Indias y el comandante español cortó la oreja al capitán inglés, lo que dio lugar a que con una buena campaña de prensa estallase una campaña que se fundió luego con la de Sucesión austríaca.

De la etapa napoleónica, apenas hay un par de citas, muy expresivas, eso sí, sobre la frase del Emperador que llama «mi cáncer» a España, traducido aquí por «mi úlcera», sin duda a causa de los sucesivos traslados idiomáticos. Es «La era de Nelson, Napoleón y Wellington». Napoleón en medio, entre dos genios ingleses, el primero de los cuales, hasta cierto punto, da nombre al capítulo. En él Trafalgar cobra un relieve importante, no sin razón, aunque olvida el heroísmo español y el genio de Churruca, y la muerte de

Nelson sólo es utilizada para resaltar el éxito y el heroísmo inglés. Es muy acertado su paralelismo inconsciente de Napoleón con Hitler. Quizá el autor no ha visto que emplea las mismas palabras para resumir en una frase la desgracia de ambos: «Me parece que fue un hombre demasiado ambicioso y esa ambición le llevó a su derrota final». También dice que cometió su primer error grave cuando invadió España en 1808. No exagera Montgomery el mérito de su compatriota Wellesley a costa de los españoles: «Lo que derrotó a la Grande Armée, aparte de Wellington y sus soldados, fue el calor, el campo quemado y la fanática resistencia de las fuerzas irregulares españolas, que mataban diariamente un centenar de soldados franceses». Tampoco hay que olvidar que para resaltar el genio de Wellington ha dicho al presentar su intervención en España: «Sus aliados españoles se dejaron derrotar estúpidamente y perdieron el sur de España». Pese a Bailén, que no cita.

No volvemos a encontrar el nombre de España en la *Historia del Arte de la Guerra*, de Montgomery, hasta que se cita la ocupación de Cuba por Estados Unidos. Pero olvida algo fundamental cuando dice poco después: «Entre 1914 y 1918 la guerra subió por primera vez al aire» y cuando insiste en seguida que «hasta 1914 aún no habían sido empleados los aviones en la guerra». Sabido es que el primer empleo en observación y bombardeo se dio en 1913 en Marruecos por los españoles, que aquel año tenían sus primeras bajas y además siendo laureados los heridos para que no se olvidase fácilmente el hecho.

El progreso del arte de la guerra en nuestra lucha de 1936 está en cualquier enciclopedia: El primer puente aéreo, el vuelo en picado, y la cadena, las amplias maniobras olvidadas en la guerra del 14, la rápida mecanización y movilización, la especial lucha de carros. En todos los aspectos hubo novedades que luego se aplicarían en la Segunda Guerra Mundial. Montgomery solo alude a la guerra de Liberación diciendo: «Fue un anticipo de la guerra de 1939, un conflicto en el que comunistas y fascistas probaron nuevas armas y métodos de hacer la guerra; el terror y el espanto de aquélla fueron síntomas de lo que habría de venir más tarde». Luego reitera que «el Führer utilizó la guerra española para probar nuevas armas y nuevas tácticas». Puede pasar lo de las nuevas armas, pero Hitler no probó ninguna táctica en España. La estrategia y la táctica no salieron nunca de las manos de Franco y sus generales españoles. La Legión Cóndor apenas tuvo una pequeña intervención técnica.

El lector español encontrará muchos de estos reparos y acaso algunos más. Pero el libro de Montgomery es una historia universal en tiempo y en espacio, no una serie de historias nacionales del arte de la guerra, y aun en lo que toca a España, ha sabido darle la importancia que acaso ningún otro tratadista universal le da. Aun donde solo dedica cinco líneas a un episodio, su enjuiciamiento es tan exacto y sintético que no hay sino que admirarlo. En otros casos puede verse un inevitable nacionalismo, nada extraño en un inglés, cuya historia bélica es densa y gloriosa, aunque Wellington no sea nunca Napoleón.

CONCLUSIÓN

Acaso el desarrollo de la obra no satisface plenamente al título, propio de un texto profesional y técnico, más que del libro ameno y colorista que se nos ofrece, sin duda mirando a su difusión entre el gran público. Por eso, a veces, el arte militar se queda en un simple merodeo de generalidades y comentarios sobre sus temas, sacrificándose en aras de lo anecdótico el rigor y la profundidad que pide la pura esencia científico-militar. En ciertos casos, el marcado britanismo de la obra deforma los hechos a través del monóculo nacionalista, quizá más en los episodios vividos por el autor, sobre todo en los referentes a la Segunda Guerra Mundial, donde la categoría y responsabilidad de su cargo puso un inevitable apasionamiento, tal vez cuando él pensaba ser más objetivo.

Pese a todo estamos ante una importante historia de la guerra, en la que hay que admirar la recopilación histórica, pero más la novedad de su enfoque, la revisión que se ha llevado a cabo para no basarse en tópicos y prejuicios nacionales. Junto a ello, y a su altura, una buena serie de capítulos doctrinales sobre la guerra y el generalato, sobre las armas nucleares y la ética de guerra, hacen de la obra un hito que será citado durante mucho tiempo, aunque hasta hoy apenas hemos visto una reseña, y no sabemos por qué. Admira también la ponderación y buen sentido del autor al juzgar los hombres y los hechos, cuando antiguas manifestaciones suyas hacían temer que se dejase llevar de la pasión o el personalismo al ocuparse de episodios vividos por él. En eso o en todo, su equipo de colaboradores parece haber trabajado con honradez y altura científica.